

*Si no fuera por el libro que estoy escribiendo, la jornada sería más larga y tediosa, recluso como paso buena parte del día desde hace casi dos años. A veces pienso que es menos una novelita que una crónica imaginaria, dedicada luego de unos traspiés a constatar la vida de un hotel barato cercano a la plaza Brasil, el Palermo. Aprovechando que salgo poco de casa, debido a la distensión que me aqueja, cada tarde le dedico un par de horas y, luego de esto, salgo a caminar por aquí cerca, pero al rato, tras una o dos cuadras, siento el dolor que, desde ambas puntas de la pelvis, resbala en forma algodonosa por atrás, hasta la altura media de los muslos, llamados bíceps femorales por los especialistas. Sólo cuando alcanzo un asiento, difícil casi siempre de encontrar en la calle, el sufrimiento desaparece enseguida, por lo cual no deja de asombrarme su existencia errática. Pareciera que una fuerza interna me obliga a permanecer quieto, inmóvil en mi lugar, sin otras posibilidades, en líneas generales, que yacer de brazos cruzados en casa, casi siempre acodado en el escritorio, con la mirada perdida a través de la ventana, si es que no me dedico a la actividad más positiva de leer los libros que conservo de años anteriores, seguir las películas de género del cable, escuchar la música de siempre*

*y entretenerme en borrar la escritura de aquello que estoy imaginando. Sin embargo, cuando me canso de permanecer encerrado, esto es, en el pequeño departamento que habitamos mi mujer y yo, situado en el segundo piso de un edificio, ausentes ya los hijos bajo unas vidas independientes, el esfuerzo me permite llegar hasta la avenida Elio-doro Yáñez y, a veces, tomar ahí el taxi que, a fin de eludir la caminata, me dejará en la estridente Providencia dirigiéndome al bar a veces lleno del hotel Orly, Il Cafetto. Movido por la costumbre, suelo visitarlo durante la semana y, en ciertas oportunidades, aprovecho para encontrarme con los amigos del pasado, pues algunas relaciones todavía quedan del derrumbe, pero menos éstos ahora, fallecidos unos, replegados otros a sus cuarteles. Las personas con quienes alterno expresan el trato con el presente, cada día más difícil de entender éste, al venirse abajo silenciosamente muchos de los valores que sustentaba. Formo parte junto a otros sobrevivientes, en fin, de las últimas voces de una historia que se extingue y que, según parece, declina sin otro contenido como herencia que su riqueza cultural y el horror político de haber desatado dos guerras mundiales, junto, además, a unas abominables dictaduras en América Latina. Allá sea, por lo tanto, el final adonde han quedado esos náufragos perdidos, a los cuales pertenezco, que, demasiado convencidos alguna vez, hoy sus pobres certidumbres navegan a la deriva entre los roqueríos extraviados en el silencio. Hablamos de la hermana muerte, cada noche más cercana, tras el itinerario vivido. La presencia de dicha cafetería consti-*

*tuye para mí una suerte de bálsamo, cuyas mesas en verano reciben en las tardes el abanico de la brisa refrescante, a pesar, a esas horas, de la congestión vehicular que se provoca en torno, formando una suerte de contaminación acústica compuesta de bocinazos y motores en marcha. Ésta me hace volver, aunque sea de manera parasitaria, a la vida anónima que bulle en la ciudad. Sentado frente a la jarra de cerveza o a veces ante la copa de vino, siento la libertad de observar cuanto transcurre y, si de pronto sigo con la mirada a un grupo de turistas, fáciles de identificar por sus ropas deportivas, la atención me lleva en otros momentos a solazarme con las curvas femeninas que se balancean al pasar. Soy un individuo que, como se puede advertir, se alimenta en cierta medida de la visión aún hambrienta de sus ojos. Al margen de esas salidas que cumplo, no cuento con muchos lugares adonde asistir, si bien suelo moverme en algunas oportunidades por las proximidades del barrio, en el cual frecuento la plaza donde está el municipio de Providencia, en compañía a veces de la señorita Violeta, afectada de cifosis, especie de enanismo, y que, según entiendo, es sobrina o algo así del escritor José Donoso, ya fallecido. En cada oportunidad que voy a comprar el diario a la esquina de Pedro de Valdivia y me dirijo a leerlo a una de las mesitas al exterior del Marisol, acostumbro a topármela en su silla de ruedas platicando con una u otra persona, salida recién de la panadería o en tránsito por allí, conversadora como resulta ser la pequeña mujer, surcado de arrugas su rostro, característico de esa enfermedad, quizá genética. Tiene un hermano*

*afecto también, menos espontáneo que ella como he observado al verlo pasar, tocado de un calañés negro. Cuando hace buen tiempo, la plaza abunda de niños cuidados por sus nanas, lo que me lleva a pensar, mientras arrastro lentamente su silla de inválida, sin otra voluntad que la de pasear entre los jardines, bajo la escena tal vez lamentable que representamos ante el asombro de las miradas infantiles. Somos frente a éstas un viejo semiencorvado que puede venir, si seguimos esa imaginación, del relato de cierto cuento de un país lejano escuchado el último invierno y ella, delante de mí, sentada en una posadera de lana, calzada con unos botines ortopédicos que cuelgan inútiles, procedentes de la niña que fue alguna vez mientras cruzaba un bosque encantado por las brujas. Desde luego el paseo no es todo lo extenso que deseara pues, como me sucede al rato, el conocido fantasma del dolor empieza a hacer lo suyo y recorro, luego de acercar su silla ortopédica, al primer banco donde tomar asiento, preferentemente de cara a la pila de agua, en la cual puedo observar a cada momento la llamativa caída del surtidor. Nuestras conversaciones distan de ser interesantes y, en general, versan sobre aspectos cotidianos que la señorita Violeta trae a colación, los que sigo sin otro propósito que hacerla sentir escuchada. Disto de crearme una bella persona, sino más bien un sujeto que busca combatir la soledad y, a la vez, prestar atención a alguien que, de algún modo en su tullidez, es parecida a mí. En casa transcurro, como he dicho, la mayoría del tiempo, absuelto del sufrimiento dorsal, volcado en mi pieza a proseguir la obrita que espero terminar*

*algún día, vaya a saberse cuándo, ojalá de manera más o menos plausible, aunque a veces, como llego a pensar, sólo se conoce como empieza un texto, digamos, literario. Su comienzo casi siempre es semejante a la vida, abierto y expectante, aunque pronto se ignorará qué viene después, la incógnita que representa el futuro dentro del escrito. Gracias a la labor que desarrollé como funcionario de la Biblioteca Nacional durante casi diecisiete años, tuve la posibilidad de que transitaran por mis manos numerosos libros, aunque como lector no les presté la debida atención a causa del quehacer mismo, burocrático en su mayoría. Aprovechando al término de mi carrera administrativa los momentos libres que me dejaba el cargo, descubrí, mediante la lectura de diversas novelas contemporáneas, muchas de éstas sin clasificar internamente, conservadas al doquier en las bodegas, que era un género propicio para mis inclinaciones. La poesía también me interesaba, pero quizás en menor medida, debido a la fragilidad que hallaba en sus palabras, usadas por lo general en una traducción simbólica. Siempre había querido ser escritor, pero durante años había tropezado con diversos obstáculos, más aún desde que volviera a Chile y entrara a ese servicio público, cuya actividad, en términos personales, resultaba un impedimento, destinado cada cierto tiempo a colaborar en una u otra dependencia de la institución hasta que, producto de la enfermedad en sus inicios y, sobre todo, de cierto amiguismo con el director recién designado, tuve acceso a una oficina privada en el primer piso, sin cumplir en verdad tareas específicas. Comencé entonces*

*a pergeñar el intento de escribir, abandonado al salir al exilio después del golpe militar. También me favoreció, sin adivinar las consecuencias, el nombramiento como ayudante de una secretaria ingresada hacía pocos meses, titulada de periodista, llamada Mónica. De esta morena de ojos claros, separada del marido, cuyas pretinas ceñían su cuerpo generoso, difícil de mantener ante él un pensamiento honesto, me referiré más adelante porque hay motivos. Tengo la impresión, corroborada en parte por los médicos, de que mi dolencia se originó en aquella actividad pues, dada mi calidad de archivista, me tocaba a menudo en ese ambiente saturado y asfixiante, repleto de libros y otras publicaciones, subir y bajar las escalerillas, cargado de materiales, unidas éstas a los largos estantes por ciertos mecanismos de traslación. No fui el único en ese transcurso que, debido a una consecuencia así, obtuvo una jubilación adelantada, ya que cada año no faltaba alguien que cayera enfermo de asma o de disnea, debido al polvo en suspenso que transmitían los viejos papeles, quebradizos a causa del efecto del tiempo. A pesar de haberme retirado con una jubilación que me permitía vivir bajo una pobreza digna, casi siempre duradera hasta final de mes, al margen del pequeño ingreso que cobraba mi mujer gracias a una herencia, no dejó de significar al principio una carencia alejarme del ambiente de la Biblioteca Nacional. Estaba acostumbrado a la rutina de llegar cada mañana allí y, aunque en el último periodo dicha molestia me aquejaba durante el trayecto, en particular si no iba sentado, difícil a esa hora en el metro, sólo entendía*

*plena la jornada en el noble edificio histórico, en medio de un personal, casi todo de antigua data, que me resultaba familiar. Pero con los meses en el hogar me fui olvidando del lugar donde perseverara como funcionario de planta, a la vuelta, si somos ordenados en el tiempo, del largo exilio en México, a cargo en ese país, valga el detalle, de la producción en una modesta editorial de obras científicas, dedicadas sobre todo al público universitario. No resultó fácil al principio adaptarme al hecho de permanecer en casa inactivo y suficientemente abrigado, si bien aburrido al término del día, intentaba salir a caminar, lo cual, en la calle, me desataba el dolor de marras. Me advertía nuevamente que la dolencia distaba de ser pasajera, tal vez irremediable de no hacer caso de pasar por una intervención quirúrgica, según se me aconsejara en la Clínica Dávila tras diversos exámenes clínicos y escáneres. Esa perspectiva, sin embargo, estaba lejos de mis propósitos, enemigo como soy de los médicos. De ahí que con paciencia, asumiendo la enfermedad como un asunto central, permanecí varios meses sin moverme del hogar, quieto todo aquel invierno, auxiliado por los medicamentos prescritos. Guardaba cama en las mañanas y al mediodía, luego de darme un baño de tina muy caliente y almorzar algo liviano sin sal, pues debía disminuir de peso por orden del doctor, pasaba el tiempo en bagatelas tales como seguir las noticias, espiar por la ventana, llamar a mi ex secretaria hasta que, gracias a las novelas que continué leyendo, se me ocurrió de pronto intentar la escritura, olvidada desde el exilio como decía. Por entonces, viene el caso, había*

*publicado un cuento en la revista Cormorán, de título «La perfumada», inspirado en cierto episodio de sangre recogido de la prensa. Después de varios intentos, abandonados por estériles, di comienzo con algunas dificultades a la novela que podía acometer sobre la vida de un tal Mario Bravo, la que me permitió, junto con avanzar a trompicones, dejar que las tardes volaran a su aire. Desde entonces seguí manos a la obra, tal vez el último tiempo con menos voluntad que antes, pues adaptado en algo al dolor, como a una fiera que a veces me concedía un respiro, empecé a salir a la calle con mayor frecuencia, limitado por las periódicas malditas punzadas. Sin embargo, mis recorridos eran cortos, excepto cuando tomaba un taxi que me conducía adonde quisiera ir, casi siempre a los mismos lugares. Los escasos paseos que hacía, más allá del sector del barrio, no dejaban de ser gratos, ya que me permitían, cada vez con ojos nuevos, redescubrir la ciudad, aunque ésta, en definitiva, permanecía igual. No obstante las nuevas edificaciones levantadas al oriente, varias a gran altura, como así también las avenidas aptas para la velocidad, Santiago distaba de ser más bella que antes, al revés diría, aparecía gris y tortuosa a semejanza de su gente, bajo cuyo espacio vital hallaba, sin embargo, mi identidad, adormecida por el retiro. Gracias a este aislamiento, auxiliado por la mujer que me acompaña con generosidad desde hace años, mataba el tiempo volcado en particular a la obrita en barbecho, sin excluir durante algunas tardes, tediosas como pueden ser, las horas en que me dedico hasta hoy a seguir el cine por cable y, más que nada*



*de éste, las películas antiguas en blanco y negro con la participación de unos actores ya muertos. Si bien están ellas periclitadas, aún hablan de un mundo que me pertenece, como resultan esas imágenes carcomidas, llenas de manchas y rayas, limpias muchas de éstas en la actualidad gracias al reciclaje. No puedo negar que las páginas de este intento literario, a pesar de tener claros sus pasos iniciales, me resultaban fatigosas, pues, según notaba, carecería a la larga de un tema determinado. Estaba inseguro del relato de ese chileno en Barcelona, a quien conociera, gracias a un amigo común, en un viaje de turismo a esa ciudad. Dueño, luego de seis años, de una cadena de moteles destinados a parejas, a continuación de sobrellevar las pellejerías de un exiliado, la vida ahora le sonreía a ese tal Mario Bravo pero, más allá de eso, no encontraba ninguna continuidad de cara al personaje. La felicidad distaba de ser un tema que me interesara, e inseguro como proseguía, me tentaba abandonar las páginas escritas. Dudoso de la trayectoria de alguien que triunfaba en el extranjero, por encima de las dificultades y egoísmos, dejaba para la tarde venidera la consecución, ansioso de pisar tierra firme en el relato, lo que no sucedía hasta ese instante. Solía después de trabajar airearme a fin de eliminar el sentimiento de frustración y, si la temperatura aún estaba moderada, llegaba como en otras oportunidades hasta la avenida Pedro de Valdivia, dispuesto a estirar las piernas y sacar de mí la extrañeza, la incomodidad digamos. Tras persuadirme de que seguía aprisionado por una historia a la cual no podía*

*sacarle rendimiento, sujeto el personaje a su propia satisfacción, desistí finalmente cierta tarde de insistir en la figura de aquel empresario chileno. Derivé hacia otro relato del asunto, ambientado en el hotel próximo a la plaza Brasil, como ya he señalado, cifrado el nuevo intento en un contexto que me fuera propio. Sentía más cómodo situar la historia en el Santiago que conocía, fraguada a través de unas modestas existencias, como eran las vidas de quienes habitaban en el Palermo, descritas desde las palabras de un narrador que, ante el espejo de la imaginación, deshilvanaba también una historia paralela, pero no menos ajena al hotel donde perseveraban esos otros seres.*

Influido por el ejemplo del chileno Mario Bravo, a quien le iba muy bien en Barcelona en su actividad, decidí meses después de volver al país, aceptar la propuesta de hacerme cargo de la administración de cierto hotel, el Palermo, ubicado en la calle Catedral abajo, antes de llegar a la plaza Brasil. No era quizás el mejor modo de empezar una trayectoria en ese rubro, pero debido a que carecía del dinero suficiente, aparte de las influencias políticas para instalar un motel por mi cuenta, en particular en el barrio alto, me adapté a la circunstancia de quedar a las órdenes del propietario, un señor Gentile. El hospedaje funcionaba en una antigua casona de tres pisos, destacada entre las vecinas, bastante alicaídas, levantada el año 1927 por una familia muy rica de La Serena, originaria de Antofagasta, cuyos herederos capitalinos decidieron venderla, desocupada al fallecer el último morador. A nadie le interesaba por vetusta, aparte del posible valor especulativo del terreno, en aquel barrio próximo al centro. Apagado el esplendor que luciera antaño, al llevarse esos descendientes los muebles de caoba que la decoraban, arrancarse los gobelinos de las paredes, descolgarse las lámparas de lágrimas de cristal y retirarse las

alfombras mullidas, la mansión quedó sumida en un desnudo y frío aislamiento, retirada del mundo, cuyo silencio sólo interrumpían los ruidos provenientes del exterior. Así permaneció olvidada, sin que nadie tampoco la adquiriera, elevado su precio no obstante el período de crisis financiera que se vivía. Pasados los años, lejos provisoriamente de algún interés comercial, circulaba ahora un mayor tránsito de vehículos por la calle Catedral y, a veces, se escuchaba hasta tarde, de madrugada, el paso de la gente por allí cerca, hasta que al fin el dominio se vendió después de sucesivos intentos, al término de la década del setenta. Apareció el hotel, de nombre Palermo, como decía la plancha de bronce, brillante en esa cuadra opaca y modesta, perteneciente aún al pasado. Antecedida por unos peldaños de mármol blanco, desgastados por el uso, luego de entrar a aquel zaguán revestido de azulejos portugueses, el hotel lucía contra el paño final de cada pared, idea del nuevo dueño, unos espejos usados, manchados de ocre que, junto con estampar a quien llegaba, hacía a la persona doblemente real. Un detalle tal vez a tomar en cuenta. Al lado derecho de la puerta, compuesta ésta por dos hojas de vidrio esmerilado, permanecía el timbre de entrada, coronado por una guarnición de metal, resonante en el interior como un latigazo, parecido al sonido en un patio escolar. Tras avanzar por el vestíbulo cubierto por una alfombra, desgastada también, roja ayer, encendida como una llama, que empezaba a mostrar el hilo del tramado, al término

se encontraba el vestíbulo, delante de la caja de escalera, donde yo permanecía buena parte de la jornada, a la vista sobre el escritorio el libro de recepción, exigido a veces para su control por los carabineros de turno. Transcurrido el tiempo, distaba de ser el primer administrador del hotel, habiendo pasado otros antes a cargo de esas funciones. A la izquierda, cabe señalar, había dos o tres sillones de cuero medio desvenecijados, al modo de una pequeña sala de estar, ornamentada por las macetas de unas palmeras soñolientas, adonde daban las puertas de dos habitaciones contiguas con ventanas a la calle, una destinada para mi descanso, la otra, cerrada con pertenencias del señor Gentile. Tal vez faltan algunas observaciones más acerca del estado que ofrecía el Palermo, propias, claro, de la mirada del arquitecto que disto de ser. Seguramente vale la pena señalar como detalle personal, pues de modo alguno fui ajeno al lugar, que debajo de la mesa de atención al público conservaba de noche, aparte de la radio junto a un termo de café preparado por Josefa antes de retirarse a casa, una pequeña estufa eléctrica que, de guardia hasta tarde, la encendía para luchar en invierno contra el frío de escarcha que se colaba de afuera, a la espera del arribo o salida de las parejas de paso. La calle Catedral no dejaba de ser una arteria que, a partir del otoño, era recorrida por un viento motivado, según decían los viejos del sector, por una corriente de aire algo levantisca que se formaba en el dilatado espacio de la Quinta Normal. El señor Gentile era

más que nada un hombre dedicado a la hípica que, como lo demostraba, resultaba su principal interés, dueño de un haras en Pirque, algunos de cuyos exponentes competían en hipódromos fuera de Chile. Esto quedaba de manifiesto en el Palermo mismo, donde había hecho colgar en cada habitación la foto de un animal de lustre, enmarcado en un filete dorado, en recuerdo seguramente de la carrera ganada en un clásico. Distaban de ser de buen gusto esos testimonios personales, enganchados a un clavo en la pared, pero bastaba que le agradaran al italiano, originario de Messina, como lo señalaba con orgullo de patriota. Fuera de mi trabajo allí día y noche, también prestaba servicios la Josefa, encargada de hacer las piezas y cuidar la limpieza, quien aprovechaba entre los huéspedes permanentes de ganarse unos pesos adicionales, surgidos de pequeños servicios. No me importaban las yapas que obtuviera, siempre que cuidara sus tareas, delantal y plumero en mano. Aunque al principio el tiempo me pareció una eternidad, desacostumbrado a vivir unos días iguales a los siguientes, de a poco me fui adaptando a permanecer de punto fijo, no obstante que luego decidí, ya con mayor confianza, previo acuerdo con la Josefa en los horarios, salir cuando se me ocurría a entretenerme por ahí. Tenía diversas amistades donde pasar el rato, pero nunca dejaba de asistir a las sesiones de baile que, una vez al mes, el primer sábado por la tarde, hasta las veintitrés horas, se celebraban en el salón Monterrey, en la avenida Portugal. Su ambiente

me atraía por ser distinto al de la calle, y ya lo explicaré. Al margen de esas escapadas, me dedicaba de lleno a la actividad en el hotel, una de cuyas tareas era recibir, sin importar demasiado el talante, a las parejas que llegaban a cualquier hora, a la búsqueda de unos momentos de regocijo. A dicha gente de paso no la inscribía en el libro de registro de pasajeros, si bien a alguna, si me despertaba sospecha, le pedía el carnet de identidad, en particular aquella que, enfiestada, aparecía de madrugada. Aunque esto no ocurría a menudo, el trabajo a esas horas era, sin embargo, mortificante, y me hacía recordar, quizá como una comparación egoísta, la población nocturna existente que conformaban, a vuelo de pájaro, las enfermeras de turno, los bomberos, como así también los carabineros de guardia, los rondines, las operadoras telefónicas, a la espera de que aclarase sobre Santiago y la vida prosiguiera su cadencia. Como el día respecto a la noche, la jornada propiamente tal era distinta, dedicada a los pormenores que tenía la labor, en particular en las mañanas, en que todo parecía volver a nacer bajo la misma rutina. Nada me agradaba más en las primeras horas, al estar sentado ante la mesa de recepción, cubierta a veces por los papeles a revisar, que seguir ensimismado la luz filtrada cuando entraba el sol, compuesta por partículas, que cruzaba los cristales opacos de la puerta de entrada al vestíbulo. Ofrecía un aire soñoliento que se conciliaba con el espíritu de la antigua residencia, venida a menos a semejanza del tono del barrio, cubierto el vecindario

por unos techos de zinc oxidado y, cada cierto trecho, acompañada por algunas propiedades ya en ruina, ofrecidas en venta según sus letreros en rojo, a punto de caerse ciertas murallas de adobe derruidas por la humedad, salvadas de los últimos terremotos.